



PRIMER CONGRESO EUCARISTICO DE MARACAIBO.

**Homilía del Exmo. Mons. Ovidio Pérez Morales,
Presidente del Concilio Plenario de Venezuela,**

*Consagración del Altar de la Catedral Metropolitana de Maracaibo
en la Celebración del Primer Congreso Eucaristía de Maracaibo.
27 de Julio de 1997.*

Jesucristo es “la piedra viva ... presencia ante Dios”; nosotros, los cristianos, somos también “piedras vivas” que entramos en “la construcción del templo del Espíritu, formando una sacerdocio sagrado para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo. (cf. 1P 2,4-9)

Este texto de la Primera Carta de San Pedro, que nos habla de piedras vivas, de edificación del Espíritu y de sacrificios espirituales, nos invita a meditar sobre algo que la Carta a a los Hebreos y en general el Nuevo Testamento pone de relieve, a saber, la novedad de Jesucristo introduce con respecto a la concepción y la práctica del culto del Pueblo de la Antigua Alianza. Precisamente la primera lectura de la misa de hoy, tomada del primer libro de los Macabeos (4,52-59), nos habla de la consagración del altar de los holocaustos, de ofrecimientos, de sacrificios de comunión alabanza y de la decoración del templo de Jerusalén, luego de la victoria sobre los gentiles que habían profanado y destruido realidades tan sangradas para Israel.

Jesucristo nos trae una nueva realidad litúrgica, de la cual lo que se tenía y hacia en el Antigua Testamento, era preparación, sombra, figura. En este sentido es muy expresivo lo que nos dice el libro Pontifical en la introducción del rito de la dedicación de un altar. “Los antiguos Padres de la Iglesia, meditando la Palabra de Dios, no dudaron en afirmar que Cristo fue, al mismo tiempo, la víctima, el sacerdote, y el altar de su propios sacrificio. En efecto, la carta a los Hebreos presenta a Cristo como el sumo Sacerdote y, al mismo tiempo, como altar vivo del templo celestial. Y en el Apocalipsis aparece nuestro Redentor como el Cordero degollado, cuya oblación, es llevada hasta el altar del cielo por manos del Ángel de Dios”. Y continua el Pontifical: Si Cristo, Cabeza y Maestro, es verdadero altar, también sus miembros y discípulos son altares espirituales, en los que se ofrece a Dios el sacrificio de una vida Santa” (Nos.1-2)

Con Jesucristo llega la plenitud de los tiempos, de la Revelación, de la salvación mediante su Iglesia, prefigurada ya desde el origen del mundo y preparada admirablemente en la Historia del Pueblo de Israel y en el Antiguo Testamento (cf. LG 2). Con el Señor Jesús se opera una novedad que podamos definir con dos términos: síntesis y personalización. ¿Qué significa esto?

En cuanto a síntesis podemos decir lo siguiente: Cristo comprendía y reúne en su persona lo que en Antiguo Testamento implicaba pluralidad de realidades, funciones, personas. Había profetas, sacerdotes y reyes. En la plenitud de los tiempos Cristo se manifiesta como el



Profeta, el Sacerdote, y el Rey, únicos y definitivos. Ahora bien en lo que se refiere más específicamente a lo sacerdotal y, en general, a lo cultural, se produce igualmente una síntesis: Jesucristo integra en su persona lo que era variado, múltiple, y transitorio, así se muestra como el único Sacerdote, de un único y perfecto sacrificio que es su persona, convertida en ofrecimiento pascual; además aparece como el templo y el altar vivientes, donde se ofrece ese sacrificio y se actúa ese sacerdocio. Todo lo que en adelante se tengan en materia sacerdotal y cultural habrá de interpretarse desde Cristo y como participación del sacerdocio del sacrificio del Señor. Pensamos en la definición de la Iglesia como pueblo sacerdotal y en el don del sacerdocio ministerial.

En relación al segundo aspecto de la personalización de todo lo referente al culto, tenemos que afirmar lo siguiente en Base a la Sagrada Escritura. Antes se sacrificaban en el templo, según lo ordenado en la Ley, producto de la tierra y de los animales. Ahora el sacrificio es el Cordero Pascual que quita el pecado del mundo de una vez para siempre, con la muerte en la cruz y la resurrección del Señor. Se trata un sacrificio de la propia persona, de la propia existencia, del ser y del quehacer propio, que por ser de Cristo tiene una eficacia total, no repetible. ¿Y quien lo ofrece? Cristo mismo, constituido por Dios sumo, eterno y santísimo Sacerdote de la Nueva Alianza; sacerdote de un sacrificio que es El mismo. Aquí sacerdocio y sacrificio se identifican. Esta personalización la entiende la escritura también aplicada al templo y al altar. El templo es Jesús, que “destruido”, se reedifica al tercer día. El altar es Jesús quien asume su amor y su obediencia en cruz como ara sacrificial. Cristo identifica y reúne en su propia persona: sacerdote, víctima, templo y altar.

De su entrega pascual, Cristo nos ha dejado un memorial que no es simple recuerdo sino actualización del misterio salvador. La Eucaristía es ese memorial. En ella Cristo se ofrece al Padre como víctima agradable y se nos da a nosotros para que tengamos vida y vida abundante. La Eucaristía no es “algo” sino “Alguien”, el Señor, que de un modo sacramental, bajo las especies del pan y del vino, actualiza en cada momento de la historia de su Pascua, su sacrificio Pascual. Y se nos ofrece como comida y bebida de salvación.

EXTRAIDO DEL LIBRO “FE Y ACONTECER” DE MONS. OVIDIO PÉREZ
MORALES, EDICIONES DIOLT, LOS TEQUES 2002.